

Alimentación de los niños: una historia que contar

(Feeding of children: a story to tell)

Leopoldo Vega Franco*

Parece lógico pensar que la desnutrición en la niñez tiene como antecedente a nuestros primeros ancestros, los que descendieron de los árboles para vivir como seres terrestres; si bien algunos lectores podrán pensar que la alimentación fue parte del castigo para Adán y Eva: al transgredir el mandato supremo: «*No comerán de ningún árbol del huerto*» por lo que ... «*sobre tu vientre andarás y polvo comerás todos los días de tu vida*»... y ... «*con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado*»; tal parece que estas palabras del creador fueron las que los condujeron, según la tradición cristiana, a ser los primeros seres en este mundo terrenal, no se puede negar que en la historia de la humanidad la desnutrición pudiese haber sido el principio de este relato bíblico.

Esta forma de comprender el origen y la historia de los seres humanos, me hace pensar que el ilustre filósofo español, José Ortega y Gasset, acertó al mencionar cual es el destino del hombre, diciendo que: «*el saber histórico y su cabal comprensión es un elemento imprescindible para acrecentar las ciencias; en la historia el hombre no es nunca el primer hombre: comienza a existir a partir de cierta amplitud de saber acumulado por quienes le han precedido, pues el verdadero tesoro del hombre, es el tesoro de sus errores*»; como si el verdadero tesoro del hombre haya sido el haber cometido el error de comer el fruto prohibido del paraíso.

El pensamiento de este ilustre filósofo hispano ha sido indiscutiblemente una herencia para todos los que tratamos de comunicar nuestro saber en la lengua española pues la filosofía pertenece a todos los seres humanos; es por eso que Sócrates, el más renombrado de los filósofos, parece que pensaba más en Adán que en Eva al aconsejar a sus discípulos de la siguiente manera «*si por casualidad*

das con una buena mujer ¡cásate! serás feliz; si no te volverás filósofo, lo que siempre es útil para el hombre».

Algunos de los lectores tal vez estarán de acuerdo con Sócrates, pero volviendo a la historia que pretendo contar, es mejor continuar la «historia de la desnutrición»; a este respecto me parece indispensable mencionar primero a Hipócrates, el más renombrado de nuestros predecesores en el ejercicio de la medicina y quien dice en su libro «*De la Medicina Antigua*» lo siguiente ... *el vigor del hambre puede influir violentamente en la constitución del hombre debilitándolo, haciéndolo enfermar e incluso, succumbir*; si bien las palabras de este celebre médico nacido en la Isla de Cos, parece dan a entender que el hambre es la primera manifestación no satisfecha que aqueja a quién no ha recibido alimento suficiente: no sólo para acallar el hambre pues si esto sucede día a día, puede debilitar a los seres humanos, enfermar e incluso causarles la muerte: por lo que me parece que ésta enfermedad es más seria en los niños, quienes teóricamente dependen de los padres o de quiénes están a su cuidado: para satisfacer no sólo el hambre sino también la cantidad indispensable de nutrientes de los niños en crecimiento, quienes deben ser alimentados con amor y no sólo para satisfacer sus necesidades corporales y su espíritu.

Sin embargo, en la historia universal de la humanidad a habido épocas en que han cabalgado los cuatro jinetes del apocalipsis: sea en guerras ganadas por la victoria: donde los que pierden son sujetos expuestos al hambre y la muerte. Pero todo esto es conocido desde la más remota historia, sin embargo no ha sido sino en el segundo milenio (que hemos tenido la fortuna de vivir) cuando se han documentado claramente los efectos de las epidemias de «hambre» en el mundo; a este respecto es pertinente mencionar la información recabada por Raoul Glaber (1886) quien documentó lo sucedido en Europa durante la hambruna de los años 1032-1033: este autor relata lo que ocurría a los niños, de la siguiente manera: «...otras [gentes] mezclaban arcilla blanca, harina y salvado, y hacían hogazas para comer [...] todo fue en vano, sus rostros palidecieron y se demacraron, mu-

* Editor RMP

chos tenían el cuerpo hinchado y la piel tersa y sus voces se apagaban hasta parecer voces de pájaros moribundos», «Muchas personas atraían a los niños con el señuelo de una fruta o un huevo, los llevaban a un lugar apartado, los asesinaban y se los comían».¹

Tal parece que en este relato no sólo los jinetes del apocalipsis causaron hambre y muerte en los adultos, al menos durante el segundo milenio, en el que no sólo los niños fueron los afectados por el hambre, sino que en un hecho insólito de barbarie, los usaron para alimentarse.

Sin embargo, no solo en la segunda mitad de ese milenio hubo algún cambio que pudiera contribuir a que los niños no estuviesen en peligro alguno en su convivencia con los adultos: para evitar su muerte, pues ni aún cuatro cinco siglos después los descendientes de la Reyna Ana de Inglaterra (1665-1714) estaban exentos de riesgos: al menos Hervada y Newman² mencionan que los 18 hijos de esta reina, perdieron su vida en la edad de la lactancia: todos ellos «lactados por nodrizas y alimentados con cuchara».

Es entonces incongruente que esta información haya nacido para la historia como un hecho ilógico de creer, como también puede ser que los príncipes de un reino renacentista hayan podido morir y que lo único que en esta nota histórica se menciona es que todos los niños que murieron tenían en común haber sido alimentados con leche de nodrizas proporcionada en cuchara por sus cuidadoras.

Cabe pensar que si todo esto era lo que acontecía a los niños no amamantados por su madre, ¿qué pasaría en esa época lejana al descubrimiento de Pasteur?: acerca de que los microorganismos que entran por la vía digestiva causan enfermedad y muerte: como habrá acontecido en miles de millones de niños.

Referencias

1. Montanari M. *El hambre y la abundancia*. Barcelona: Grijalbo-Mondadori. 1993.
2. Hervada AR. Newman Dr. Weaning: historical perspectives, practical recommendations, and current controversies. *Curr Probl Pediatr* 1992; 22(5): 223-240.